

Antonio Manuel Reina López

Un trol en Las
Ramblas
y otros relatos



Un trol en Las Ramblas
y otros relatos

Antonio Manuel Reina López

Registro de Propiedad Intelectual en *Safe Creative* num.1412302860111

© Bubok Publishing S.L., diciembre 2014

1ª edición

A Encarnita, Paco, Mayi y Cris, mis queridos hermanos

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
El fracasado	10
Un trol en Las Ramblas	15
Obseso del tiempo	23
Un pobre perro de pobre	28
La culpa fue del monstruo	34
El guardián del silencio	45

INTRODUCCIÓN

Si el conjunto de relatos que constituyó mi primer libro: “Todo el invierno, toda la batalla. Relatos desde la Araucanía”, tuvo su fuente de inspiración sobre todo en la novena región de Chile, esta nueva colección se origina en mis paseos por el barrio Gótico y el barrio de la Ribera, en pleno centro de Barcelona.

Un lugar destacado en el título tenían que ocupar Las Ramblas, arteria más emblemática de la Barcelona bohemia y artística, de la que Lorca escribiera:

“Se dice y es verdad, que ningún barcelonés puede dormir tranquilo si no ha paseado por la Rambla por lo menos una vez, y a mí me ocurre otro tanto en estos días que vivo en vuestra hermosísima ciudad. Toda la esencia de la gran Barcelona, la perenne, la insobornable, la grande, está en esta calle, que tiene un ala gótica, donde se oyen claras fuentes romanas y laúdes del quince, y otra ala abigarrada, cruel, increíble, donde se oyen los acordeones de todos los marineros del mundo y hay un vuelo nocturno de labios pintados y carcajadas de amanecer.

Yo también tengo que pasar todos los días por esta calle para aprender en ella cómo puede persistir el espíritu propio de una ciudad¹”.

Creo que algo de ese “espíritu propio” de la ciudad, que se respira en Las Ramblas, es el que hizo volar mi imaginación y se plasmó en estas seis historias, escritas desde junio de 2012 hasta diciembre de 2014.

¹ Federico García Lorca, *A las floristas de La Rambla de Barcelona*, 1935

EL FRACASADO

Deambulo por las calles del barrio Gótico sin norte ni brújula, como alma en pena u hojarasca de otoño que remueve el viento. Una frase martillea mi cabeza una y otra vez: “No hay viento favorable para quien no sabe a dónde va”.

Camino con paso cansino, sin ánimo de nada. Todo me había salido mal.

Bohemia. Dicen que este lugar tiene encanto por su bohemia. Que no hay nada como pasear de noche por el barrio Gótico de Barcelona. Los bares tienen glamour, las calles rezuman arte y Medieval, las gentes son variopintas y el ambiente es libertario, como si todo estuviera permitido. Dicen que los artistas buscan inspiración en lugares como estos.

Pero yo solo veo basuras desparramadas, charcos de pis, borrachos que apenas se tienen en pie, prostitutas demacradas y olores fétidos mezclados con las fritangas de las tascas. Algún que otro yonqui tirado por el camino, jóvenes malgastando su tiempo, y gente desesperada que trata de venderte cualquier cosa o timarte para sacar algo de pasta y sobrevivir.

Claro que “nada es verdad o mentira, todo es según el cristal con que se mira”.

También yo busqué inspiración alguna vez en semejantes “circos”. Me di a la vida libertina y bohemia creyéndome un desenfadado y original artista. Creí que tenía tiempo de sobras, que la vida era larga, que podía conseguir cuanto me propusiera.

Me entregué a mi pasión sin medida. Dibujaba a todas horas, pintaba y exponía mis cuadros en las Ramblas. Mis padres me habían aconsejado estudiar la carrera de Bellas Artes, pero no, yo quise ser un “genial autodidacta”, crecer en el humus de los suburbios, al margen del mundo académico y de los estándares establecidos. Forjarme un criterio propio, sin influencias ni escuelas de ningún tipo. Un artista a lo salvaje, del corazón al pincel, sin más filtros ni componendas.

Ay si hubiera hecho caso a mis padres...

“No hay viento favorable para quien no sabe a dónde va”, me decía mi profesor de dibujo en el bachillerato, citando a Platón, y proseguía: “eres bueno dibujando, pero debes estudiar Bellas Artes, fijarte metas, poner medios, hacer buenos contactos, trabajar muy duro. Así lograrás ser alguien. No puedes pretender vivir de tus dibujos, sin más. Tienes que currártelo o te morirás de hambre”. Sobra decir que no le hice caso.

Mi novia más estable, a la que más quise, también intentó poner un mejor cauce a mis dotes. Se empeñaba en convencerme de que alguien de mi valía debiera estar exponiendo su obra en algún importante museo, y no

contentarse con ser un vulgar vendedor callejero, entregando perlas a precio de canicas.

Pero yo solo buscaba el placer estético que la pintura me procuraba. No me importaba el futuro, ni pensaba en mi proyección profesional, ni en la fama ni el dinero. Con sacar unos pocos euros para sobrevivir y poder seguir pintando, ya tenía suficiente. No quería más que “el pan de cada día”. Claro que unos ingresos estables me hubieran ayudado a dedicarme a mi arte con mayor tranquilidad, pero pensé que eso se me concedería por añadidura, que el destino me sonreiría más tarde o más temprano.

Me sentía como un profeta del arte, un altavoz de las musas que susurraban a mi oído cosas que solo yo podía oír. Mi misión era dar a conocer al mundo sus bellas voces. Pero una vez había pronunciado las frases que ellas querían, esas frases ya no me pertenecían, debía dejarlas flotar libres por el espacio, sin apropiármelas. Yo era solo un instrumento, un mediador, un puente entre el mundo celestial del arte en estado puro y el tosco y tenebroso mundo terrenal.

Así era yo de joven, un ser especial, un artista de vocación, un hombre entregado a la belleza por la belleza en sí misma, sin buscar recompensas presentes ni futuras, pues mi dicha estaba en el acto creador y no necesitaba más.

Pero ahora estoy viejo y cansado, como los restos de la vieja muralla romana que rodea la ciudad. Cansado de esta cosmopolita Barcelona, que antes tanto me gustaba. Cansado de su bohemia inspiradora, que ahora me parece una gran

mierda. Cansado de dibujar y pasar frío y hambre tratando de vender algo. ¡Ay si hubiera hecho caso a mi novia! Si me hubiera preocupado de lograr una mayor estabilidad en mi trabajo, una posición, un nombre. Tal vez ahora estaría con ella en una casa confortable, celebrando la navidad. No tendría que ir al comedor de Cáritas ni dormir en el albergue para pobres. Y sobre todo, no tendría que padecer este frío invernal. Este invierno que se me ha metido dentro, como hielo sordo, donde se escarchan mis penas.

Agotado y tiritando me siento en un banco de la plaza que hay frente a la capilla de Santa Ágata, en vía Layetana. A mi derecha la estatua de Ramón Berenguer proyecta una imponente sombra sobre las paredes del Hostal. Mi sombra, en cambio es imperceptible e irrelevante. Creo que tengo fiebre. Mucha fiebre. Pero ya no quiero ir al albergue. El invierno me ha invadido las entrañas. También la noche. Dejo que se apoderen de mí, que me devoren. Estoy agotado y solo quiero descansar, fundirme con la nada. Aquí yace un artista extra muros. Un artista de los márgenes. O mejor dicho un loco, un fracasado, un don nadie. ¿Y a quién le importará? Solo mis cuadros llorarán, huérfanos, mi ausencia.

El cuerpo muerto de este artista desconocido se encontró en un banco de la plaza de Ramón Berenguer IV, frente a la capilla de Santa Ágata. Sin duda se trataba del pintor más genial del Siglo XXI, tanto por su creatividad desbordante como por la prolífica producción de obras maestras que nos

dejó. Lástima que no hubo ningún mecenas que lo apadrinara, ningún caza talentos que lo descubriera. Vivió y murió en el más absurdo y cruel anonimato.

Pero cada vez que alguien mira sus cuadros, esparcidos como semillas de Cielo por todo el mundo, y experimenta una conmoción ante la belleza en estado puro que éstos reflejan, una flor nace bajo aquel banco donde murió el artista más importante de los últimos tiempos.

UN TROL EN LAS RAMBLAS

Me gusta pasear por Las Ramblas y contemplar el circo humano que las puebla. Aquí se encuentran todas las razas y tribus urbanas que puedas imaginar. Lo estrafalario y extravagante abunda tanto, que se convierte en común y corriente: vayas como vayas, vistas como vistas, hagas lo que hagas, nada llama ya la atención de la gente, acostumbrada a ver de todo cada día.

No me agrada, sin embargo, comprobar la triste desolación de tantos seres humanos arrojados en las veredas, exiliados del capital y del consumismo, que salpican las calles pidiendo limosna, intentando venderte cualquier baratija a precio de tesoro o queriendo robarte al menor descuido. Masas de pícaros, mendigos, inmigrantes ilegales, desahuciados, drogadictos y demás supervivientes del inframundo urbano.

Tratando de sobrevivir en este duro mundo de la calle te encuentras de todo. Estatuas humanas, músicos ambulantes, malabaristas, mimos, payasos, gimnastas, danzarines...incluso hace unas semanas me encontré un trol. Sí, has leído bien, un trol como los que salen en el Señor de los Anillos. Salvo que éste era real y estaba sentado en La Rambla dels Caputxins, pidiendo limosna, con un letrero que decía: "En paro".

A este nivel está llegando la crisis económica que nos asola: hasta los trolés están en paro. Y ni siquiera un trol en

plena Rambla producía sorpresa alguna en los viandantes, que pasaban de largo tras apenas dedicar una furtiva y apresurada mirada a tan grotesco pedigüeño.

Y por fin, harto de hablar y pensar mucho sobre la crisis, pero no hacer nada, me armé de valor y decidí adoptar el trol y llevármelo a casa.

Yo no soy mucho de participar en la política y siempre me han dado miedo las manifestaciones, pero no por ello me considero insensible o ajeno a las problemáticas sociales. Creo más en los pequeños gestos, en esas pequeñas misiones al alcance de la mano que pueden contribuir aunque sea solo un poquito, a cambiar este apestoso e injusto mundo.

Y vi clara mi ocasión, como si una vocación se revelara en mi interior, bella y diáfana: No estaba en mi mano eliminar la corrupción política, ni ser un revolucionario líder de masas que condujera al pueblo hacia la libertad. Pero podía hacerme cargo de aquel pobre trol.

Al principio la convivencia en casa fue muy buena. Supongo que como yo vivía solo desde hacía años, poder compartir la soledad con alguien, aunque fuera un trol, me parecía estupendo. Además me llenaba de orgullo haber realizado tan caritativa acción y ese sentimiento predominó al principio, ayudándome a sobrellevar las naturales molestias que conlleva tener que cuidar de tan raro compañero.

¿Cuántos hay en este mundo que se meterían un trol desconocido en casa, así como así y sin pedir nada a cambio?

Y mientras yo protagonizaba tan altruista acción, los políticos por la tele se escupían acusaciones de corrupción unos a otros, pero nadie hacía nada serio por cambiar el estado lamentable de nuestro país.

Claro que al cumplir una semana de vida en común, ya empecé a cansarme de ciertos aspectos de mi extravagante huésped.

Como soy escritor, necesito del silencio y la tranquilidad para concentrarme. Pero con el trol en casa, eso era imposible. Cada vez que tosía o carraspeaba, lo que le sucedía muy a menudo a causa de su alergia crónica, vibraban los cristales de mi habitación. Y al ser tan grande y pesado, sus pisadas hacían retumbar la casa como si se estuviera desatando un terremoto brutal.

Luego estaba su modo de comer. Más que comer devoraba. Comía tanto y con tanta ansiedad, que me dejaba dobladas las cucharas y quebrados los cuchillos y los restos de sus comidas quedaban esparcidos varios metros a la redonda. Por supuesto, luego no recogía nada y se iba directo a echar la siesta, no sin antes eructar con fuerza huracanada.

Cuando salía a la calle o entraba a casa, daba tan tremendos portazos, que una vez hizo saltar el pomo de la puerta y me agrietó una pared.

En las noches sus ronquidos molestaban a todo el vecindario, incluso a los de las casas adyacentes, pues tal era su inusitada potencia pulmonar.

Este tipo de criaturas aborrece la limpieza y el orden y detestan cualquier norma o rutina, hacen lo que desean en cada momento, sin medir las consecuencias de sus actos y son asociales por naturaleza. Y cuando yo le llamaba la atención intentando corregirle y educarle, me decía que para él ya era mucho esfuerzo haber tenido que abandonar su mundo de fantasía- que se estaba extinguiendo también a causa de la crisis- y estar aquí, exiliado en el triste mundo real; y que por lo menos, tuviera yo en cuenta y valorase el hecho de que él había renunciado a comerme, por cariño y agradecimiento hacia mí.

Ya ves que él se vivía a sí mismo, como esforzado, considerado y agradecido. El colmo. Es por todo esto, que decidí echarle de casa. ¿No hubieras echo tú lo mismo?

Los primeros días sentí un gran alivio. Por fin solo. Qué delicia y qué gusto experimentaba. Podía leer y escribir sin sobresaltarme a cada rato por toses, portazos o ronquidos. Tenía de nuevo mi casa ordenada y limpia, como a mí me gustaba, sin restos de festines por el suelo. Una maravilla. ¿Quién dijo que no es bueno que el hombre esté solo?

Sin embargo, al cabo de un mes, empecé a sentirme muy triste, y aunque me dé vergüenza decirlo, tenía nostalgia del trol. Mi casa estaba tan ordenada y limpia, tan silenciosa y perfecta, que me recordaba un cementerio. Lo más asombroso es que empecé a echar de menos incluso aquellas hipertrófica, aquellos portazos sísmicos, aquellos festines pantagruélicos... es curioso cómo los períodos de soledad nos hacen añorar los de compañía y cómo los períodos de

compañía nos hacen añorar los de estar solo. Así somos los seres humanos: nunca estamos satisfechos con lo que tenemos.

Abatido y desasosegado, decidí salir de casa y pasear por Las Ramblas. Tal vez encontrara a mi trol, en el mismo sitio donde lo había recogido. Pero en vez de él, en su lugar estaba pidiendo limosna Spyderman, con el traje sucio y el cuerpo demacrado. Sin duda, otro exiliado del cada vez más extinguido mundo de la fantasía. Nada extraño en la coyuntura actual, donde el Gobierno de Mariano Rajoy considera la cultura como un lujo caprichoso, más que como una necesidad y un derecho. Está claro, como leí en el periódico de hoy, que el tijeretazo a la música, al cine, al teatro, a los museos y a las bibliotecas, será traumático en el mejor de los casos y quién sabe si letal en el peor.

¿Qué habría sido de mi trol? Tal vez no habría podido sobrevivir en el mundo real. Seguramente nadie más lo habría querido adoptar y dudo que pidiendo en la calle hubiera recogido monedas suficientes para alimentarse, con todo lo que llegaba a tragar. Quizá había muerto de hambre o se había dedicado a comer humanos hasta que la policía lo acribillara a balazos o lo encerrara en prisión. Me sentí deprimido y culpable ante estas terribles perspectivas.

Empecé a sentir el impulso de adoptar a Spyderman, quizá movido por un intenso deseo de purgar mi mala conciencia. Pero entonces me imaginé mi casa llena de telarañas, los súper villanos entrando a cualquier hora y sin

previo aviso, Mery Jane instalándose en el cuarto de invitados y queriendo decorar la casa a su manera...ufff

Decidí seguir paseando y dejar a un lado tan peligrosa idea. Mejor seguir viviendo solo. A fin de cuentas, no soy Teresa de Calcuta, para ir recogiendo a todos los que andan pidiendo por la calle.

No es mi problema y no estoy obligado a nada. Soy una buena persona, no hago mal a nadie y me gano la vida honradamente escribiendo novelas y relatos. ¿Qué más se me puede pedir? ¿Soy acaso un criminal por querer vivir solo? ¿Acaso tú hubieras aceptado vivir con un trol o con Spyderman?

En la teoría todo es muy fácil. A todos se nos llena la boca de que “hay que ser solidarios” y todo eso. Pero en la práctica: ¿Cuántos hay dispuestos a compartir su casa, sacrificar su comodidad y necesidades por unos desconocidos, simplemente porque éstos lo necesitan? No creo que haya nadie así. ¿Por qué tengo yo que ser diferente?

Cada uno debe vivir su vida y arriar su vela como buenamente pueda. Mis intentos quijotescos de cambiar el mundo no tenían ningún sentido ni sensatez. Mejor aceptar la soledad, aunque duela un poco, que vivir al borde de un ataque de nervios con troles y telas de araña por toda la casa. En adelante no cometería más tonterías. Viviría como siempre, sin dar problemas a nadie, y sin involucrarme en los problemas de nadie. Esto es lo que hay, así es la realidad y lo demás son pamplinas.

¿No hubieras tú hecho lo mismo?

Por un tiempo viví amurallado en tales razonamientos y me atrincheré en casa con el mismo ahínco con que algunos se ocultan en refugios por temor a una inminente guerra termonuclear. Traté de dedicarme a mi pacífico y bello oficio de escritor, pero mi inspiración era nula y solo conseguía emborronar papeles que acababan en el basurero.

¿Qué me estaba pasando?

Decidí salir una vez más a pasear por Las Ramblas, tal vez así consiguiera inspirarme. Al cabo de diez minutos empecé a pensar que ya casi había más pobres pidiendo, que turistas. Y los súper héroes, hadas madrinas, mutantes, magos y demás personajes campaban por doquier suplicando misericordia, apenas cubiertos por míseros harapos que evidenciaban sus cuerpos enjutos y debilitados por el hambre.

Agobiado ante tan triste espectáculo decidí volver a casa y ahogar las penas en whisky.

Iba por el tercer vaso de Jack Daniels, cuando de repente, una iluminación etílica me hizo comprenderlo todo: ¡El mundo de la fantasía estaba extinguido por completo! Por eso yo ya no podía escribir nada y las calles estaban llenas de exiliados del mundo de la ficción...

Comprendí entonces la trascendencia de nuestros actos de solidaridad, por pequeños e insignificantes que parezcan y también la interdependencia de todo el género humano. Si

yo no me hubiera desentendido de aquel trol, tal vez habría podido salvar al menos una pequeña parte de su mundo, y esa pequeña parte de mundo tal vez generara la salvación de otras pequeñas partes del mundo de otros personajes y así indefinidamente en una cadena que tal vez desembocase en la repoblación completa del universo de la fantasía. Y una vez repoblado, yo hubiera recuperado la inspiración y la imaginación; y escribiría sin parar obras maravillosas, obras maestras llenas de luz y belleza.

Pero ya era tarde. La había cagado yo y todos aquellos que, como yo, se habían desentendido de los problemas ajenos. Nunca más podría escribir nada fantasioso. Ni yo ni nadie. Ni tampoco podría realizarse arte alguno. ¡Qué mundo tan sórdido y patético nos esperaba! Pero entonces, ante tan infernal panorama, una chispa de rebeldía encendió mi alma de nuevo: Podría escribir al menos, sobre lo que a mí me había pasado.

Es por eso, querido lector, que tienes delante este escrito. Si tú te conmueves ante esta carta desesperada, si tu imaginación se activa y tu corazón se abre un poco más a la solidaridad, aunque éste no sea un relato de ficción, tal vez en algún lugar inexistente, un nuevo personaje nazca de la nada y un pequeño pedazo de fantasía vuelva a existir. Entonces los artistas recobramos la esperanza y volverá a surgir radiante, la utopía.

OBSESO DEL TIEMPO

Suena el despertador a las 06:45 y salto de la cama al instante, sin concesiones al remoloneo. Debo estar como sea a las 09:25 en el cruce de Las Ramblas con la Plaza del Portal de la Pau. Sacudo a mi esposa agarrándola por los hombros y le digo:

“¡Vamos, es hora de levantarse o llegaremos tarde!”.

Por supuesto responde con sonidos guturales y murmullos ininteligibles, como siempre. La vuelvo a sacudir hasta asegurarme que ha regresado del reino de Morfeo y voy a la cocina para preparar mi desayuno y el de los niños. Tengo previsto realizar esa tarea de 06:50 a 07:05.

Preparo café, tuesto el pan, saco mermelada y mantequilla de la nevera, hago jugo de naranja para todos, pongo la mesa: el olor del café y el pan tostado me abren el apetito. Son las 07:05, hora de llamar a los niños. Debiéramos estar todos desayunando a las 07:10. Los niños son aún más perezosos que mi esposa, pero como hoy se trata de madrugar para ir a la playa, tengo la esperanza de que me hagan caso a la primera. El pequeño duerme como una marmota, lo zarandeo cual saco de patatas pero no se inmuta. Pruebo con su hermano mayor y éste reacciona algo más, pero vuelve enseguida al estado de letargo. Creo que la batalla será dura. Enciendo la luz de la habitación, los destapo y abro las ventanas. Pongo la música a todo volumen. Comienzan las primeras reacciones: bostezos

ostentosos, vuelta a taparse y colocar sus manos taponándose las orejas para seguir entregados a su actividad favorita. Los rituales de siempre. Mis nervios empiezan a tensarse, pues ya son las 07:10 y el desayuno espera solitario y triste que algún ser humano aparezca por la cocina.

Con admirable empeño consigo arrastrar a mi prole hasta sus asientos y sin darles tregua ni conversación les hago engullir el desayuno mientras, de tanto en tanto, emito un alarido desesperado tratando de arrancar a mi esposa de las sábanas ¿Cómo puede ser tan lenta y vaga? Las 07:35, niños desayunados y ella sin bajar ¡Tiene menos sangre que un nabo! Como el sargento de *La chaqueta metálica*, conduzco a mis hijos hacia el aseo, elección de ropa adecuada para el día, preparación de la mochila con todo lo necesario... me dan las 08:05, cinco minutos más tarde de lo previsto... y mi esposa, ociosa, retozando aún en su cama, como puerca en lodazal.

Subo desesperado y le grito: “¡Pero quieres levantarte de una vez!” Ella con toda su pachorra, me contesta con voz exasperantemente tranquila: “¿Pero qué prisa tienes? Es un día de vacaciones, hombre, relájate...”

Si algo me molesta cuando estoy nervioso es que me digan que me relaje ¡Y más cuando la causa de mis nervios es la persona que me lo pide!

Por no blasfemar e insultar, me callo y bajo rojo de cólera al salón de estar, me cruzo de brazos y espero resignado, viendo la tele con mis hijos.

La reina de la casa está lista media hora más tarde de lo que debiera, aún así me felicito a mí mismo, pues como cuento con la falta de colaboración del personal, había calculado salir a las 09:00 para ir bien y son las 09:15, solo un cuarto de hora tarde, nada mal para una familia de tortugas reumáticas como la mía.

Aún así le recrimino ese cuarto de hora a mi esposa, que como siempre, responde con su absoluta y crispante indiferencia.

Al cabo de veinte minutos ya estamos bajando por Las Ramblas, camino al puerto. Esperaba estar a las 09:25 en el cruce con la Plaza del Portal de la Pau, pero son ya las 09:35 y todavía me falta un trecho. Aunque he apretado el acelerador todo lo que he podido, el tráfico y los semáforos me han impedido remontar los quince minutos de atraso. Conduzco nervioso e insatisfecho por los quince minutos perdidos, quince minutos robados a mi perfecta planificación por la desidia y desgana de estos pedazo de...pero... ¿qué es esto? Justo en el cruce se ve un tumulto de gente, ambulancias, policía. Estoy como a unos trescientos metros de la Plaza del Portal, no puedo avanzar por el atasco, pero se vislumbra una columna de humo negro y pestilente, un olor repugnante como a carne quemada y gasolina, gente que va y viene dando voces...parece el choque entre dos coches...

Tranquilizo a mi familia, les digo que me esperen en el coche y salgo a dar un vistazo. Me acerco al lugar del siniestro. La escena es espantosa: los dos coches son un

amasijo de hierros y restos humanos humeantes, la sangre gotea aún de un brazo que asoma por una de las ventanillas.

La policía pone orden, impide el paso a los curiosos mientras el personal médico hace su trabajo, aunque a juzgar por la apariencia de los cuerpos que asoman de aquel embrollo de metales calcinados, está claro que no hay supervivientes. Al parecer, el auto que bajaba por Las Ramblas fue arrollado por otro que venía a toda velocidad por la rotonda de la plaza, sin respetar semáforos, según me cuenta la gente. De pronto me fijo en un reloj que está abandonado por el suelo, a unos metros del brazo ensangrentado e inmóvil que llamó antes mi atención. A pesar del gentío y los esfuerzos de los gendarmes, me consigo colar y acercarme al reloj, movido por una curiosidad morbosa. Me inclino para mirarlo. Es un reloj analógico de buena marca. Tiene el cristal agrietado y las manecillas ya no se mueven, sin duda está parado debido al choque. Entonces, aterrado compruebo la hora en que las agujas se quedaron fijadas: las 09:25. Le pregunto a uno de los guardias y me confirma que esa fue la hora del siniestro. Justo el momento en que yo había programado pasar por aquel fatídico cruce. Si no llegamos a retrasarnos, tal vez mi familia y yo estaríamos ocupando el lugar de aquellos pobres y tristes cadáveres.

Consternado vuelvo a mi coche. Trato de disimular mi azoramiento y poniendo voz suave y calmada, tranquilizo a mi familia:

“Un cuarto de hora más y podremos circular...ha sido un accidente...pero ya están la policía y los médicos, o sea que dentro de poco, todo estará arreglado”.

Evito hablarles de muertos, sangre y todo eso. Los niños son aún muy pequeños para descubrir la crudeza de la vida. Media hora más tarde conseguimos ponernos en marcha.

Por fin en la playa, mientras mi esposa y los niños se bañan, me sumerjo en oscuros pensamientos mientras miro mi reloj digital. Lo compré digital porque me gusta saber más fácilmente en qué segundo estamos. Digital o analógico es lo mismo, al final, ante la muerte no hay nada que hacer, nada que planificar o prever. Siempre irrumpe sin pedir permiso, sin piedad ni lógica alguna.

Ya algo tostado por el sol, me levanto. Me dirijo hacia la orilla de la playa. Sumerjo mis pies en el agua fresca y relajante del mar. Miro al horizonte, allá donde cielo y mar forman un todo, separados por una delgada línea, un tenue cambio de color. Miro a mi esposa e hijos, que juegan felices en la orilla. Es tiempo de ir y disfrutar con ellos de la arena, la agradable brisa, las juguetonas caricias del mar. Me quito el reloj. Lo agarro con una mano y lo aprieto con fuerza, como queriéndolo romper. Finalmente lo lanzo todo lo lejos que puedo. Con un tímido chapoteo, desaparece engullido por las olas.

UN POBRE PERRO DE POBRE

Lo peor de la maldad de la gente mala es el silencio de la gente buena.
Mahattma Ghandi

Era el día uno de noviembre. El azul del cielo era intenso y el sol parecía brillar más que de costumbre, como si quisiera homenajear a todos los santos.

Dos perros conversaban en la Rambla, al lado de la fuente de Canaletas. Uno era grande, fuerte y muy limpio. Un akita americano, de piel negra y brillante. Su cara tenía un aire de tristeza y aburrimiento. El otro era un perro mestizo, flacucho, descolorido por la suciedad y pequeñín, pero muy alegre.

- Hola colega, ¿cómo te va?- Dijo con un deje cansino el perro grande.

- Pues no me puedo quejar, mira qué tipazo tengo: ¡ni un gramo de grasa!- Exclamó alegre el perro chico.

-Ja, ja, ja. Tú siempre de buen humor. Pero si estás en los huesos ¿Y cómo está tu dueño?

- Está algo famélico también, pero va tirando. Curiosamente, desde que está conmigo, le va mejor. Creo que le he traído buena suerte.

- ¿Buena suerte? Me gustaría pensar eso, pero más bien creo que a los humanos les dan más pena los perros

abandonados que sus propios congéneres. Por eso, desde que tu dueño pide limosna contigo al lado, tiene más éxito.

- Sí, tal vez tengas razón. A veces los humanos se comportan de un modo un poco raro. Pero en general son buena gente.

- ¿Buena gente? Son malvados. A veces pienso, que como especie, están llegando a su final. Y lo peor es que tal vez nos hundamos el resto de especies con ellos.

- Eso suena muy pesimista.

- Ya, a mí tampoco me gusta como suena, pero es lo que hay. ¿O es que no lees los periódicos? La actual crisis económica, es más que económica. Es una crisis de civilización.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Pues que es todo un modelo el que está cayendo. Un modelo de civilización creado por el afán de lucro de unos pocos a costa del empobrecimiento de muchos y el agotamiento de los recursos naturales de la Madre Tierra. Un modelo así tiene los días contados. Y estamos llegando al final.

- No, ja, ja, eres muy apocalíptico y exagerado. Yo creo que los humanos reaccionarán y buscarán juntos un modelo mejor, que sea sostenible en el tiempo. Estoy seguro de que pasaremos de un modelo erróneo a otro más justo y duradero.

- Ojalá sea así, pero lo dudo. Si no han reaccionado después de tantos siglos de civilización ¿qué te hace pensar que lo harán ahora?

- Pues que tal vez antes se podía ir tirando así, a pesar de la injusticia. Pero ahora, como tú dices, el planeta no da más de sí y la gente tampoco. O se cambia o todos al garete. O se elige vivir solidariamente o se elige morir. No hay más opciones. Y es lógico pensar que los humanos elegirán vivir.

- Tú siempre tan optimista. ¿Desde cuándo los humanos actúan con lógica? Mirando hacia atrás es fácil ver cómo una vez tras otra, los humanos eligen caminos de mal y de muerte. Mira las guerras, el hambre, las matanzas de inocentes, el abuso y explotación de los más débiles...

-No sigas, me vas a deprimir. También hay gente buena. Fíjate en mi dueño. No tiene apenas para sí mismo y me da la mitad de su comida. También ayuda a otros compañeros suyos. Mira aquel que está cerca de las escaleras del metro. ¿Lo ves?

- Sí, aquel humano sin piernas que también pide limosna.

- Pues mi dueño siempre le ayuda a bajar y subir las escaleras y si puede, le da algún alimento también.

- Tu dueño si sigue así, no pasará de estas navidades.

- Es un hombre bueno. Y hay muchos más como él, estoy seguro. Es más, creo que son más, muchos más que los malvados.

- ¿Pero dónde están? ¿Por qué no se mueven? ¿Por qué no luchan?

- Algunos sí que luchan, no te pienses. Pero es verdad que la mayoría están asustados y escondidos, tienen miedo y se refugian en sus hogares, en sus asociaciones, en sus religiones. Esperan que el cambio lo realicen otros más valientes. Y mientras el frío invierno hace estragos con los más pobres en la calle, ellos se calientan tomando café al lado de la estufa y organizan tertulias filantrópicas o rezan cómodamente a su Dios en confortables templos.

- Ya, lástima que solo a base de parloteos y rezos, el mundo no cambiará. Entonces no entiendo tu optimismo. Tú mismo reconoces que hay gente buena, mucha gente buena, pero que la mayoría no hace nada para cambiar las cosas. Igualmente todo irá al desastre, entonces.

- Bueno, yo soy optimista porque creo y ladro muy bien.

- Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver una cosa y otra?

- Creo que el cambio es posible. Creo que la gente buena reaccionará y saldrá a la calle. Y ladro, ladro todo cuanto puedo, a veces casi hasta quedar afónico.

- ¿Ladras?

- Sí, ladro en todas las reuniones de la gente buena. Sé que necesitan reunirse, que tienen que hacerlo para organizarse, pensar, darse ánimos, recibir fuerza divina y

todo eso. Lo que me exaspera es que después vuelvan consolados a sus casas pero luego no hagan nada para cambiar las cosas y todo siga igual. Por eso, a ese tipo de humanos, les hago imposibles las tertulias, les amargo el café, las misas, el culto y todo tipo de encuentros. Hasta que no salen a la calle, no paro de ladrar.

- ¿Y crees que con eso conseguirás algo? ¿Crees que el mundo se salvará gracias a un pobre perro de pobre, que ladra como un descosido a la puerta de las iglesias, las asociaciones y donde quiera que se reúna la gente buena?

- Lo que conseguiré o no, no es mi asunto. Solo sé que esa es mi misión. Cada uno tiene la suya. Y yo encontré la mía. Si quieres, puedes acompañarme un día.

- No gracias. Seguro que te llevarás alguna pedrada o algún palo de vez en cuando. No creo que sea mi vocación ser un perro pobre, apaleado y afónico. Pero admiro tu optimismo y coraje, vaya si lo admiro.

- Bueno, como quieras. Yo no obligo a nadie. Si algún día cambias de idea ya sabes dónde encontrarme. Perdona, debo irme, suenan las campanas de Santa Anna. Va a empezar la misa de doce, y hoy, que es el día de todos los santos, voy a ladrar más que nunca. Es lo menos que puedo hacer por ellos. ¡Hasta pronto, amigo!

Al cabo de un rato las campanas dejaron de sonar y comenzaron los ladridos. Unos ladridos tan estridentes y chillones que llegaron al cielo e hicieron sonreír a los santos.

LA CULPA FUE DEL MONSTRUO

Yo era un hombre bueno y pacífico, un hombre confiado hasta rayar la ingenuidad. Amable con todos en un grado que bien podía confundirse con pleitesía. Sin embargo, le reventé las narices a aquel pobre árabe. Y me sabe mal, muy mal. Sobre todo porque él no era culpable de nada. O debería decir de *casi* nada. Aunque he de indicar en mi defensa que yo tampoco lo era. Al menos *no del todo*. Los dos fuimos unas tristes víctimas. La culpa sobre todo fue del monstruo y de nadie más.

Todo empezó en la placeta de Ramón Amadeu, uno de esos soleados días de invierno, tan típicos de Barcelona. Yo paseaba por allí cuando se me acercó un chico con pinta de recién salido de un concierto de rock de los años sesenta. Con un tupé a lo Elvis, cazadora de piel negra, pantalones de cuero también negros y gafas de sol aún más negras. Llevaba una maleta a cuestas y hablaba un castellano horrible – estilo Tarzán - con un marcado acento inglés.

Me explicó como pudo, que le habían robado todo su dinero y no sabía cómo sobrevivir hasta el día de su regreso a Inglaterra, previsto para la semana siguiente. Por suerte el billete de vuelta lo tenía ya sacado y no se lo habían quitado. Me pedía colaboración económica en la medida de mis posibilidades para hacer frente a los gastos de manutención y transporte que aún le quedaban por realizar.

Apenado por su situación, no dudé en solidarizarme y le di los veinte euros que en ese momento llevaba encima. Me dio las gracias varias veces con su tosco castellano y se fue, con aspecto de haber quedado algo más consolado. Me sentí bien, como siempre que hacía una obra buena.

Suponía que cualquier persona de mi pueblo hubiera hecho lo mismo. Claro que allí, en aquel pequeño terruño perdido por la provincia de Soria, no éramos más de cien habitantes y todos nos conocíamos. Era normal ayudarnos en situaciones de dificultad. Pero no tardaría en comprobar que vivir en una gran ciudad como Barcelona era otra cosa muy distinta.

Cuando fui a cortarme el pelo y le conté lo que me había pasado al barbero, éste no pudo evitar una estruendosa carcajada. Resultaba que el tipo de la maleta llevaba años con el mismo timo. Cuando empezaba a ser demasiado conocido cambiaba de barrio y vuelta a empezar.

“Se nota que es usted joven, y además de pueblo. Todavía confía demasiado en la gente. Aquí, sobre todo en el centro de la ciudad, no se puede usted fiar de nadie, tenga cuidado o lo desplumarán al más mínimo descuido”.

A los pocos meses un sujeto con camiseta de tirantes, chaqueta mugrienta y una simpática calva desaliñada por cuatro pelos mal avenidos, se presentó en la portería del edificio del Paseo de Gracia donde yo trabajaba como portero. Me inspiró simpatía por su enorme parecido con Pepe Viyuela, humorista adorado en mi pueblo.

Me preguntó por la ubicación de un tal señor Javier Vázquez López que vivía en el edificio. Sabía el nombre, pero no el piso ni la puerta. Consulté mis listas, pero la persona que buscaba no aparecía. Me insistió varias veces en que tenía que tratarse de un error. Cuando por fin, aceptó que el error era suyo, se echó a llorar. Entonces me explicó la conmovedora historia que lo había llevado hasta allí.

Él vivía en Palencia y su mujer lo había abandonado hacía unos seis meses, huyendo con todo su dinero y lo que es peor, con su única hija. Había denunciado el caso a la policía, pero hasta ahora la búsqueda había sido infructuosa. Por su cuenta contrató un detective (bastante caro) que al parecer descubrió que su esposa se alojaba en el edificio donde yo trabajaba. Ella estaría viviendo en un piso alquilado por el ya mencionado Señor Vázquez. Pero parece que todo era mentira y que el detective resultó ser un farsante saca cuartos, que se había aprovechado de su desgracia. Ahora se encontraba sin un euro, pues se lo había gastado todo entre los honorarios del detective y los gastos del viaje. Me insinuó si no podría ayudarle aunque fuera con unas moneditas, pues no le quedaba otro remedio que mendigar para poder regresar a su hogar.

Como a mí me habían timado hacía poco, en seguida simpaticé con él y le conté lo del rockero de la maleta. Nos lamentamos juntos de que hubiera gente tan mala en el mundo. Cuando me enseñó la foto de su hijita sentí tanta compasión que no pude evitar darle todo el dinero que en ese momento llevaba encima: setenta y cinco euros. Con ese

dinero al menos podría volver a casa. Intercambiamos los números de móvil para continuar comunicados más adelante y el hombre se marchó emocionado. Me di cuenta que ni siquiera le había preguntado su nombre, por lo que interiormente empecé a llamarle Pepe Viyuela.

Al cabo de unas semanas paseaba por Las Ramblas, alucinado por lo variopinto y lo cosmopolita del ambiente. Acostumbrado a la monotonía y uniformidad de mi pueblo, aquel desfile de razas, tribus urbanas, maneras de vestir y de ser, me parecía extravagante y espectacular. Y podía circular por semejante circo sin pagar entrada. Eso era lo mejor.

Entonces me paró un joven de tez muy morena, camisa y pantalones tejanos, muy desgastados y sucios. Se veía muy demacrado. Me preguntó si sabía cómo ir a la estación de trenes, pues necesitaba volver a Zaragoza, su tierra natal. Le estaba dando las indicaciones oportunas cuando me interrumpió y empezó a contarme que en realidad no tenía dinero para comprar el billete. Debido a un enfado con sus padres huyó de su hogar y se había gastado todos sus ahorros mal viviendo en Barcelona durante un mes entero. Ahora no tenía ni un euro y arrepentido quería volver a su casa. Pero necesitaba 17,50 euros para pagar el billete de tren.

Parecía como si en mi cara hubiera un letrero que dijera: ¿Está usted en problemas? *Tranquilo: aquí encontrará una nueva versión de Teresa de Calcuta.* Supuse que la gente de pueblo como yo, inspira más confianza que la de ciudad, más suspicaz y recelosa. De repente me pregunté si no sería esto

otro timo como el de la maleta. Pero como si me hubiera leído la mente, el chaval me mostró el billete de ida a Barcelona, de hacía un mes. Además me enseñó su DNI y me dio su número de móvil, para que viera que todo era cierto y que él era un tipo legal. Opté por creerle y le di veinte euros. El joven hizo ademán de ir a cambiar para darme lo que le sobraba, pero le dije que se lo quedara. Su gesto me acabó de convencer de su honradez.

-Perdone que se lo diga, pero en mi opinión, desde que llegó usted a esta ciudad, no ha parado de hacer el primo. Me dijo mi barbero, sin contemplaciones. Al parecer, todos, absolutamente todos, me habían timado. El timo de “me falta dinero para el billete de vuelta” era un clásico en la zona. Tanto el joven demacrado, como “Pepe Viyuela” no eran más que unos farsantes. La historia que contaban y las pruebas que aducían para mostrar la veracidad de la misma, tenía muchas variantes, pero siempre desembocaba en lo mismo: pedir dinero para un billete de vuelta, ya fuese de bus, de tren o de lo que se les ocurriera. Había que reconocer cierto ingenio o más bien retorcimiento en la historia de Viyuela, pues normalmente no rizaban tanto el rizo. Debía ser muy imaginativo el hombre, eso había que reconocérselo.

Salí de la barbería muy triste y enojado. En adelante ya no me fiaría de nadie más. Deambulé durante horas por las calles y callejuelas del barrio Gótico, sin rumbo ni ánimo hasta que se hizo de noche. Mis pensamientos se retorcían

en oscuras consideraciones, ajenos por completo al paisaje urbano que desfilaba ante mis indiferentes ojos, cuando de pronto me encontré en un callejón angosto, muy lóbrego y solitario. Sentí una extraña inquietud, algo así como un presagio funesto. Fue entonces cuando vi por primera vez al monstruo. Estaba al final de la calle. Era un ser antropomorfo de unos cuatro metros de altura, formado por un denso humo grisáceo, alquitranoso y pestilente. Olía a alcantarilla y a contaminación, pero con una intensidad extraordinaria. En su rostro solo se distinguían dos oquedades negras, a modo de ojos. Parecían cuevas profundas de final incierto. Emitía un zumbido como de insectos y chillidos de ratas que hería los tímpanos. Me quedé quieto, paralizado por el miedo y el asombro.

El monstruo se movió hacia mí lentamente. Yo quise huir pero no podía moverme. Mi cuerpo no respondía. El corazón me latía furioso, un sudor frío resbalaba por mi frente. Quería gritar, pero ni siquiera pude mover los labios. El monstruo se situó a unos pocos metros de mí. De su rostro emergió una boca abierta, llena de afilados y negros dientes. Sentí que algo salía de mí, una especie de humo plomizo que iba de mi cabeza a sus terroríficas fauces. El monstruo se hacía cada vez más grande y yo me debilitaba y demacraba. Cuando ya no pudo alimentarse más, el monstruo dio media vuelta y desapareció. Yo caí exhausto al suelo. Me había convertido en un esqueleto con apenas una fina capa de piel pegada al hueso. Con infinito esfuerzo me arrastré por el frío asfalto de la calzada, intentando salir de

aquella calle maldita y encontrar a alguien que pudiera socorrerme.

Lo siguiente que recuerdo es despertar en una habitación de hospital. Al recuperar la conciencia lo primero que hice es mirarme los brazos: su aspecto era normal. Comprobé que todo el resto de mi cuerpo estuviera también sano y a salvo y respiré aliviado al verificar que ya no era un esqueleto viviente.

Me dijeron que había sufrido un desmayo probablemente producido por una bajada de tensión y me dieron de alta en seguida, sin más miramientos. Con la crisis económica, los únicos que están más de un día en el hospital son los que trabajan en él. De todas formas no protesté y por supuesto no expliqué a nadie lo del monstruo, no fueran a internarme en un psiquiátrico.

Tal vez había sido una alucinación propiciada por el alto nivel de estrés emocional y soledad que estaba padeciendo. Decidí ir a pasear a la costa. Un poco de sol y aire frío seguro que me ayudarían a levantar el ánimo. Como era temprano y hacía frío, no había casi nadie en la playa de la Barceloneta.

Quizá era el momento de plantearme regresar a Soria. Las cosas en las grandes ciudades eran muy distintas a lo que yo estaba acostumbrado. Aquí no podías fiarte de nadie. No, si ya me lo habían advertido mis padres, cuando quise salir del nido familiar y volar solo, conocer otras tierras, respirar otros aires. Encontrar novia, un buen trabajo, establecerme

en Barcelona...esos eran mis planes. Con treinta años ya era hora de formar mi propia familia, mi propio proyecto de vida. En Soria me esperaba la carnicería, el negocio familiar que de generación en generación pasaba de padres a hijos. Y las mismas relaciones de siempre, con los mismos prejuicios y cotilleos de siempre. Imaginarme viviendo allí me producía claustrofobia. Aquí tuve suerte de encontrar trabajo de conserje, pero al parecer con eso había agotado *toda mi suerte*.

Sentí deseos de zambullirme en el mar, a pesar del frío. Necesitaba limpiarme, purificarme. Me quité la ropa, me quedé en calzoncillos y me lancé al agua. Nadé con todas mis fuerzas para entrar en calor. Me detuve a descansar, miré a la orilla, para comprobar cuánto me había adentrado en el mar. Entonces divisé un chico moreno, de aspecto árabe, caminando hacia el montoncito de ropa que yo había dejado. Solo me faltaba que me robaran la ropa y tuviera que pasearme por media ciudad en paños menores para llegar a casa.

Nadé lo más rápido que pude y salí corriendo del agua a toda velocidad. Llegué antes que el moro, que me miraba extrañado a unos pocos pasos. Con mis prisas lo salpiqué de agua y arena. Lo cierto es que el pobre chico paseaba distraído y ni siquiera se había percatado de que mi ropa estaba ahí. Pero claro, en aquel momento yo no podía saber eso. Lo sabría más adelante. Él se percató de mi desconfianza y se sintió herido y violentado:

-Qué te pasa, ¿creías que iba a robarte, verdad? Vosotros los españoles siempre tan racistas y desconfiados- Dijo en un tono airado.

Solo me faltaba que me acusaran de racista y desconfiado a mí, que había sido víctima de los timos y abusos de todos. Me enojé mucho, o quizá el enojo que llevaba acumulado cual magma, entró por fin en volcánica erupción:

- Pues no estoy tan seguro de que no fueras a robarme, así que mejor lárgate de aquí y déjame en paz.

Entramos en una acalorada discusión donde el tono de voz y las palabras fueron cada vez ganando en violencia. Continuamos con empujoncitos desafiante, acabamos a puñetazos.

A pesar de no ser un asiduo deportista, en mi pueblo yo había practicado algunos golpes con un amigo, profesional del boxeo. No soy un experto, pero aprendí cuatro o cinco técnicas que repito constantemente cuando tengo ratos libres. Es una forma de matar el tiempo, sacarme el estrés de encima y mantenerme en buen estado físico. Por eso no me resultó difícil esquivar los golpes de mi adversario y atizarle un buen gancho de derecha que le partió la nariz y lo dejó inconsciente. Aún tengo escalofríos recordando aquel crujido. Pero en aquel momento, en caliente, no tuve suficiente y seguí pegándole en el suelo, una y otra vez, embriagado de ira, alienado y salvaje, primitivo y brutal.

Entonces un humillo negro y pestilente comenzó a envolver la escena, lenta y pesadamente. Un humo con olor a cloaca, como el que se levanta en los días de lluvia en el alcantarillado de la ciudad. Y escuché de nuevo aquel espeluznante zumbido de insectos y ratas, que hería mis tímpanos, enervaba mis nervios. Era el monstruo otra vez. El monstruo que insufla su mal en todos. El monstruo que se alimenta del mal de todos. El monstruo que crece en las grandes ciudades, mata la naturaleza y vive de la extorsión y el pillaje, del cainismo y la explotación del más débil. Me di cuenta de que mis golpes de ira lo embravecían y engordaban, se nutría de mi violencia, de mi odio desbocado, de mi descontrol irracional. Me di cuenta de quién era y espantado, detuve mi agresión. Grité “NO” con todas mis fuerzas, pero no pude escuchar mi voz. Aquel humo negro lo envolvía todo y me intoxicaba. Sentí como si me encerraran vivo en un ataúd. Una claustrofobia horrible y sin fin. Una claustrofobia eterna. Lo último que recuerdo es escuchar los latidos de mi corazón. Latidos furibundos y descontrolados, como martillazos sobre mi tórax.

Al final el árabe resultó ser un buen chico, un honrado educador de calle que se dedicaba a ayudar a otros inmigrantes a integrarse en la sociedad catalana. Trabajaba para una ONG del barrio de la Ribera. Claro, nadie mejor para ayudar a otros, que alguien con la experiencia de haber sobrevivido a un viaje en patera y a penosas explotaciones

laborales y no pocas experiencias de racismo, hasta conseguir la nacionalidad y un trabajo digno.

El día en que tuvimos el penoso incidente, él simplemente paseaba por la costa, para respirar aire puro y relajarse. Ni siquiera había visto mi ropa. Yo lo juzgué erróneamente y actué mal. Muy mal. Por suerte pudimos hablar de camino al hospital (al parecer alguien avisó a una ambulancia, pues los dos yacíamos inconscientes y llenos de sangre en plena playa de la Barceloneta). Cuando supe la verdad le pedí disculpas, le expliqué los motivos que me habían conducido a actuar de un modo tan injusto y violento. Aceptó mis excusas. También él reconoció haberse acalorado demasiado rápido. Hicimos las paces. Mis lesiones eran leves, una fisura en el dedo índice, nada más. Él se llevó la peor parte. Tenía el hueso de la nariz fracturado. Tuvieron que operarle. Estuve a su lado y le ayudé cuanto pude en el post operatorio. No podía hacer menos.

Después de aquello continuamos viéndonos y charlando de cuándo en cuándo. Ahora somos amigos, muy amigos. Nunca una amistad tuvo tan mal comienzo, me recuerda él siempre. Incluso estoy participando como voluntario en su ONG. Quién sabe, quizá acabe estudiando Psicopedagogía o Educación Social. Lo cierto es que he encontrado una luz, un norte. Y nuevos amigos.

Y el monstruo herido, chilla de insatisfacción y decrece, ha perdido una batalla y se lamenta. Pero sigue vivo y busca sin cesar a quién engullir.

EL GUARDIÁN DEL SILENCIO

A veces, cuando el insomnio comienza a exasperarme, agarro mi vieja pistola y me imagino matándolos a todos...

Ruido de martillos percutores horadando el hormigón sin piedad. Metales chirriando como cerdos en el matadero, mazas que aporrean con violencia brutal, cascotes que caen derrotados, polvo y suciedad infectándolo todo. Obras en mi escalera, obras en el edificio de enfrente, obras en la iglesia de al lado. Obras por doquier.

Ruido del tráfico incesante. Rugidos de camión, bramidos de motos, estrépito de buses y autos, chillidos de cláxones y sirenas.

Y gente. Mucha gente. Masas ruidosas que avanzan como plagas de langostas por La Rambla, por Portal del Ángel, por Plaza Cataluña, por el metro, por los buses, por los bares, por todos lados. Hasta cuando abro la tapa de mi WC tengo miedo de que salga algún grupo de turistas despistados...

Ruido todo el día.

Aunque peor es la noche.

Un pisito en el centro de Barcelona, muy cerca de la Plaza de Cataluña. Ese fue el lugar que elegí para vivir el resto de mis días, después de separarme de mi esposa. Pensé que vivir en el corazón de la ciudad, con su múltiple oferta de ocio y

cultura, me ayudaría a superar la soledad y el abatimiento, después de tan dolorosa separación.

Craso error.

Hacía ya dos años que yo era un policía jubilado y tenía tiempo libre de sobras, para ir de aquí para allá. Me atrajo vivir en el centro, poder callejear por el barrio Gótico y respirar sus aires medievales, su vida bohemia. Como un nómada sin normas ni obligaciones. Hacer lo que me diera la real gana y disfrutar cuanto pudiera. Ese era mi plan.

Pero no pensé en el ruido. El infernal ruido.

El ruido de cada día que enerva mis nervios y los inflama de ira e impotencia. El ruido de cada día que me saca de quicio con su lento pero inexorable gota a gota, cual tortura china.

En el ejercicio de mi profesión sobreviví a muchos y muy crueles enemigos. Pero nunca tuve uno como éste. Tan omnipresente y dañino. Tan implacable y duro.

Peor aún es la noche.

Primero el vecino de arriba y su demoníaco artefacto. Aún no sé bien de qué se trata. Intuyo que es un ventilador viejo con el motor roñoso y oxidado. Suena como si alguien agitase tornillos en un bote de vidrio. Y el condenado lo tiene funcionando toda la noche.

Segundo, los motores de aire acondicionado. Dan justo enfrente de la ventana de mi cuarto. Pertenecen al bar del edificio de al lado. Parecen pequeños aviones rugiendo antes

de despegar. Y los malditos rugen también toda la santa noche.

Tercero las pandillas callejeras. Estas resultan aún más molestas, por su carácter impredecible. A los ruidos de motores diversos te acabas adaptando, porque su constante zumbido machaca tu sistema nervioso, pero lo acostumbra.

En cambio, las pandillas son ora un grito pavoroso, ora una botella de vino estallando en mil pedazos, ora tertulias vocingleras y otras mil variedades del infausto retumbo, que desfilan impunes por mis desaventurados tímpanos.

A veces, cuando el insomnio comienza a exasperarme, agarro mi vieja pistola y me imagino matándolos a todos. Primero disparo a los motores del aire acondicionado y los dejo como un colador. Después al vecino de arriba, una bala para él, otra para su ventilador. Y luego bajo a la calle y vacío el cargador con la pandilla de turno, sin importarme quiénes son ni como se llaman. Porque lo único que me importa es que guarden silencio de una maldita vez.

Imagino los titulares de los periódicos: “Policía jubilado pierde la cabeza y asesina a tiros a diez personas”. Después fantaseo sobre el resto del artículo, donde se indaga sobre el móvil del crimen y la personalidad atormentada del homicida. Así me voy relajando y poco a poco, me sobreviene el sueño, venciendo por fin a los molestos ruidos.

Por supuesto no es más que una fantasía disparatada, algo que jamás haría en la realidad, pero me descarga de ira acumulada, me relaja y me ayuda a dormir.

Sin embargo, este pensamiento con el tiempo se me hizo obsesivo. Y empecé a soñar que hacía realidad mis fantasías.

Todas las noches soñaba lo mismo. Yo tomaba mi vieja pistola y vaciaba el cargador. Primero contra los motores del aire acondicionado, después el vecino y su ventilador, luego la pandilla. Siempre el mismo orden. Como una especie de ritual salvaje que necesitaba repetir una y otra vez de la misma forma.

Pero una noche sucedió algo inesperado. Escuché un sonido diferente, que provenía de la calle. Era como el aullido de una bestia desconocida. Un grito bronco, inquietante, extraño.

Cogí mi pistola y bajé a ver de qué se trataba.

Pero al salir del edificio, caí en picado. La tapa de la alcantarilla estaba abierta y no me di cuenta a tiempo. Bajé dando tumbos y alaridos por un túnel estrecho y retorcido como un intestino. Parecía que aquello no iba a terminar nunca, cuando de repente me zambullí en una especie de poza llena de un oscuro fango pestilente.

Por suerte hacía pie y el barro me llegaba justo por debajo de la nariz. El olor era nauseabundo y la oscuridad que me envolvía era total.

Sentí claustrofobia y pánico. Quise chillar, pero ningún sonido salía de mi garganta. Entonces escuché unas extrañas voces que discutían entre sí.

-Debemos continuarrrr nuestra obragggg-decía una voz.

-Síííí...morder, tristar, turbar...ese es nuestro oficio...-decía otra.

-Tenemos que hacerrrr más ruido, machacar los nerviossss de todosssss hasta destrozarrrrrrllosssss-decía una tercera, de voz y acento parecidas a la primera.

- ¡Morder, tristar, turbar! Gritaron las tres al unísono.

Siguieron cuchicheando largo rato y por lo que pude entender aquello era una reunión de demonios en el corazón del averno.

Eran los demonios del ruido. Se reunían allí para planear cómo seguir infectando la ciudad de más y más ruido, hasta que la contaminación acústica hiciera insoportable la vida de los humanos. Las voces siguieron alternándose en el mismo orden:

-Pero cuidado, cuidado...

-Sííííí...cuidado con el Guardián del Silencio.

-Sííííí...qué horrorrrr él ha venido a destruirrrrrrnosssss. Debemos serrrr astutossss y protegerrrrrnoss...siento su presencia, siento que él está cerca, muuuuy cerca...

De repente, la mezcla de humedad y pestilencia me condujeron a estallar en un incontenible y violento estornudo. Los demonios se percataron de mi presencia y comenzaron a gritar, histéricos: “¡Está aquí!! ¡Es el

Guardián!! ¡Es el Guardián!! ¡Ataquémosle antes de que nos destruya, vamos a por él!”

Pude escuchar el chapoteo y sentir cómo venían veloces hacia mí. De pronto noté cómo algo me empujaba hacia abajo y sin pensármelo dos veces vacié el cargador de mi pistola disparando a quemarropa, una y otra vez, guiándome por los chillidos que proferían aquellos abominables seres.

Entonces me desperté, sudoroso y excitado, sentado sobre mi cama. Había sido un sueño. Suspiré aliviado. Ufff, podía seguir durmiendo. Pero antes, eché un vistazo a mi vieja pistola. Seguía en la mesita de noche, donde siempre la dejaba. Sentí el impulso de tocarla y la agarré.

Al tomar mi arma una emoción indecible me enardeció. Comprendí de pronto que aquello no había sido un sueño, sino una revelación. Yo era el Guardián del Silencio. Por fin había comprendido mi verdadera vocación, mi lugar en el mundo. Mi misión era destruir a todos aquellos que perturbasen la paz y la armonía con sus demoníacos e insoportables ruidos.

Convencido de mi nueva identidad, seguí el ritual de siempre: Primero disparé contra los motores del aire acondicionado, después subí al piso de arriba, llamé a la puerta, y cuando me abrió el vecino, lo acribillé a balazos a él y después a su maldito ventilador. Luego, como siempre, oí una pandilla vocinglera que bebía cervezas en el callejón. Les di las buenas noches y acto seguido vacié el cargador de mi vieja pistola, hasta que no quedó nadie con vida.

Me sentía orgulloso, pletórico. Había nacido un nuevo súper Héroe: el Guardián del Silencio. De pronto el sonido de una estridente alarma me hizo girarme. Detrás de mí estaba un coche patrulla y varios agentes de la policía apuntándome. “¡Tire el arma! ¡Tire el arma!” Me decían. Pero yo estaba paralizado y mis brazos no me obedecían. Abrieron fuego...

Entonces me desperté, nuevamente sudoroso y excitado. Había sido un sueño dentro de otro sueño. Ahora sí estaba realmente despierto. Eché un vistazo a mi vieja pistola. Estaba fría, con el cargador lleno, como siempre. Respiré aliviado.

Salté de la cama y me dirigí corriendo a la ventana del comedor. Miré hacia la calle donde estaba la alcantarilla por la que había caído en sueños. La tapa estaba en su sitio. Todo en orden. Había una pandilla de jóvenes bebiendo cerveza y riendo. Ningún cadáver.

Corrí como una exhalación hacia la ventana de mi cuarto y la abrí tan bruscamente que casi rompo el cristal. Me alegré al ver que los motores del aire acondicionado rugían alegres e indiferentes por completo a mis trajines nocturnos.

Subí a ver al vecino de arriba. Me recibió en bata, vivito y coleando. Le extrañó mi pregunta sobre cómo estaba su ventilador. Y más teniendo en cuenta que eran las dos de la madrugada. Supongo que lo normal es hacer las visitas más temprano y preguntar por la familia y esas cosas...

Me disculpé no sin antes pedirle que por favor cambiase de ventilador y bajé de nuevo a casa. Me senté en el sofá,

exhausto. Tenía que cambiar de actitud, relajarme más. Al fin y al cabo el ruido forma parte de la vida. Solo los cementerios gozan de un silencio sepulcral (nunca mejor dicho).

Mejor tomarse una tila que ir por ahí matando a todo el mundo. Me preparé una bien caliente, y mientras la disfrutaba sorbo a sorbo, el zumbido de los motores, el ruido del ventilador y las voces pandilleras que de tanto en tanto rompían la monotonía, me fueron adormeciendo...

Y en algún lugar infecto, bajo tierra, los demonios del ruido chillaban enojados, lamentando haber perdido otra alma.

La magia y la bohemia del centro de Barcelona y la actual crisis económica, inspiraron al autor de estos seis impactantes relatos, que transcurren en Las Ramblas de Barcelona o en su entorno más cercano.

Un pintor genial pero fracasado, un hombre que encuentra un trol en plenas Ramblas, un esclavo del cronómetro, un perro profeta que ladra para concienciar a las masas, un pueblerino que trata de sobrevivir en la gran ciudad y un policía retirado que deberá luchar a muerte contra los demonios que le acosan, son los protagonistas de los seis cuentos que componen este volumen.